



MARCO TULIO CICERÓN

Francisco Pina Polo

Ariel

HISTORIA

Índice

- Portada
- Dedicatoria
- Introducción
- En busca de un lugar en la Historia
- La formación de un político (103-77 a.C.)
- Las finanzas de un intelectual
- La carrera hacia el consulado (76-64 a.C.)
- Un advenedizo a la conquista de Roma
- El consulado: un año triunfal (63 a.C.)
- «Que la salud del pueblo sea la suprema ley»
- De la gloria al exilio (62-58 a.C.)
- La lucha por la dignidad perdida (57 a.C.)
- Religión y sacerdocio: entre la hipocresía y la razón de Estado
- Al servicio de los «triunviros» (56-52 a.C.)
- El pensamiento político de un republicano conservador
- El proconsulado en Cilicia (51-50 a.C.)
- Sobrevivir a la guerra civil (49-47 a.C.)
- El perfecto orador
- La vida bajo la dictadura de César (46-44 a.C.)
- La muerte de un orador (44-43 a.C.)
- Anexos
 - Mommsen y Cicerón: el origen de la leyenda negra
 - Psicoanálisis de Cicerón
 - Cicerón ante el espejo
- Cronología general: Historia de Roma en época ciceroniana
- Cronología de la vida De Marco Tulio Cicerón
- Bibliografía
- Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A mi amigo Juan,
que vive para siempre en las montañas*

*«Uno siempre responde con su vida entera
a las preguntas más importantes. No importa lo que diga,
no importa con qué palabras y con qué argumentos
trate de defenderse. Al final, al final de todo,
uno responde a todas las preguntas con los hechos de su
vida:
a las preguntas que el mundo le ha hecho una y otra vez»*

SÁNDOR MÁRAI, *El último encuentro*,
Barcelona 1999, p. 107

INTRODUCCIÓN

Escribir una biografía de Cicerón es una osadía. De ningún otro personaje de la Antigüedad poseemos un volumen tal de información, y posiblemente sobre ninguno se ha escrito tanto como sobre él desde el Renacimiento hasta la actualidad, conformando una bibliografía inabarcable. Esa, en términos relativos, ingente información no sólo procede de historiadores que se ocuparon de la época en que él vivió o que escribieron su biografía, sino que, sobre todo, deriva de la propia obra ciceroniana, que se conserva en su mayor parte gracias a la fama de la que gozó durante siglos y que impulsó la transmisión de sus textos a través de los copistas medievales hasta nuestros días. Éste es el elemento que diferencia a Cicerón de todas las grandes figuras del mundo antiguo. De un rey helenístico como Perseo, de un general romano como Escipión Emiliano, de un político griego como Pericles, conocemos sobre todo —o exclusivamente— su vida pública, sus hazañas militares, apenas algunas fechas y episodios claves en su existencia. De Cicerón sabemos muchísimo más, desde su infancia —por otra parte el período peor conocido— hasta su muerte, especialmente de la época en la que asumió un mayor protagonismo en la política de la Roma de mitad del siglo I a.C., hasta el punto de que, en momentos concretos, es posible reconstruir día a día, casi hora a hora, sus actividades.

Conocemos a través de su prolífica obra literaria al inquieto intelectual que era Cicerón, al gran amante de los libros y de las bibliotecas, dotado de un saber casi enciclopédico que le impulsaba a escribir sobre prácticamente

cualquier campo del saber humano: tratados de retórica para instruir al buen orador y político; obras filosóficas al modo griego pero en latín, una importante aportación, no sólo para su tiempo, sino también para el futuro en la creación del pensamiento occidental; poemas muy poco valorados en su época; libros que recogen su pensamiento político y sus tesis en torno a la mejor organización de la sociedad. Sus numerosos discursos conservados permiten gozar del privilegio de ver en acción a un gran orador, un auténtico taumaturgo de la palabra, maestro de la persuasión, quizás el mejor orador de la época —el propio Cicerón no habría dudado en afirmarlo—. Esos discursos nos descubren, en los juicios, al abogado defensor inteligente y astuto, capaz de retorcer los argumentos hasta extremos inverosímiles para salvar a su cliente, ocasionalmente al fiscal implacable que no ha de soltar su presa hasta asegurar su condena. Las alocuciones en el Senado o ante el pueblo muestran al político que adapta sus argumentos a la situación y al auditorio, capaz de la soflama encendida contra un adversario, tanto como del alegato de formas suaves en busca de concordia.

Pero el elemento distintivo en nuestro conocimiento de la biografía ciceroniana es la preservación de cientos de cartas escritas por el propio Cicerón —en menor medida otras de las que él era el destinatario—, enviadas a amigos, familiares y personajes importantes de su tiempo. Su abundante correspondencia nos permite acceder a los movimientos políticos entre bastidores, lejos de los focos que iluminaban lo que sucedía en la Curia, en el Foro y en los lugares de reunión de las asambleas populares. Pero, por encima de todo, sus cartas hacen posible conocer a Cicerón como ser humano, con sus grandezas y sus miserias: fiel y leal amigo de sus amigos, sin duda una de sus principales virtudes; vanidoso pero inseguro e indeciso, a veces osado, otras medroso y acobardado; hombre que hacía de la razón y de la filosofía su guía de vida, pero que se dejaba arras-

trar por las emociones hasta llegar por igual al odio visceral o al cariño incondicional; padre de familia preocupado, no sólo por su esposa y por sus hijos —muy especialmente por su queridísima hija Tulia, casi inagotable fuente de dolor en sus desgracias—, sino también por su hermano menor Quinto y los suyos, asumiendo Cicerón el papel de patriarca y protector de la familia tras la muerte de su padre; hombre de negocios inquieto por el rendimiento de sus propiedades, por sus deudas, créditos y herencias. Desprovisto de la máscara de hombre público, sus cartas nos conceden el inusual privilegio de entrar en su vida privada, en sus gustos y fobias, placeres y desvelos, muy en especial aquellas epístolas que con gran frecuencia intercambiaba con su fiel amigo, consejero y confidente Tito Pomponio Ático, quizá la única persona en su vida —por encima de su esposa e incluso de su hermano— con la que Cicerón siempre fue él mismo, sin ocultar nunca sus sentimientos e inquietudes.

La biografía que el lector tiene entre sus manos pretende, en la medida de lo posible, mostrar el lado humano y personal de Cicerón, pero se centra sobre todo en su vertiente política, que constituye el hilo argumental del libro, y lo hace concediendo la palabra de manera muy frecuente al propio Cicerón a través de pasajes significativos de su obra literaria y de su correspondencia. Se combinan en ese sentido los capítulos más puramente biográficos, ordenados de manera cronológica en función de los principales acontecimientos que estructuraron su existencia, con otros monográficos en los que se analizan aspectos determinados —a veces poco tenidos en cuenta— de la vida y del pensamiento de Cicerón, no circunscritos a un momento concreto de su biografía: su anhelo por pasar a la posteridad y hallar un lugar de privilegio en la Historia; los aspectos financieros que hicieron posible una vida acomodada, propia de un miembro destacado de la aristocracia romana; su perceptible complejo de inferioridad por ser un novel

Arpinate, un «hombre nuevo» (*homo novus*) en Roma, procedente de una rica familia de la ciudad volsca de Arpino, que debía luchar en desigualdad de condiciones con las riquezas, con las múltiples conexiones sociales y con el pasado glorioso de las grandes familias aristocráticas tradicionales; sus creencias religiosas —o su carencia de ellas—, en el contexto de una religión pública y cívica de cuyo cuidado formó parte como sacerdote; su afán por patrocinar la idea de un perfecto orador que, como político, fuera capaz de gobernar desde la elocuencia y el saber, para impedir que, en una época de crisis institucional, violencia creciente y guerras civiles, las armas acabaran por imponerse sobre el debate y la palabra; al mismo tiempo, su defensa de la violencia de Estado como recurso irrenunciable en caso de que estuviera en peligro la seguridad de la comunidad; los principios básicos de su pensamiento político y económico.

Cicerón fue ante todo un «animal político» en el sentido aristotélico, un hombre implicado en su comunidad, y con toda probabilidad nada le hubiera complacido más que pasar a la posteridad como un patriota: «la patria es más antigua que la madre» afirma justo al comienzo de su tratado *Sobre el Estado*. Ciudadano de Roma, quiso siempre servir a su *civitas* desde las magistraturas y el Senado, persuadido de que sólo desde el poder político podía prestarse el mejor servicio a la comunidad. Su ambicioso lema de vida, extraído de la *Ilíada* homérica, fue «ser con mucho el mejor y mantenerme por encima de los demás» (*Cartas a su hermano Quinto* III 5,4). A él procuró mantenerse fiel siempre, pero, al mismo tiempo, ese deseo de superar a todos en dignidad —por otra parte tan típicamente romano—, que sólo efímeramente pudo afirmar haber logrado, fue causa de frustración, amargura y sensación de fracaso en la parte final de su existencia.

Como en pocos personajes históricos de la Antigüedad se puede distinguir en Cicerón una clara cesura en su vida, no sólo pública, también privada, señalada por la con-

secución y desempeño del consulado en el año 63 a.C. Hasta entonces, la biografía de Cicerón es el relato triunfante de un advenedizo hecho a sí mismo que logra abrirse paso en el difícil escenario político de la Roma de su época, sacudida por guerras civiles y por la ruptura social provocada por la dictadura de Sila. El joven Arpinate, dotado de una esmerada cultura, adquirida junto a importantes hombres públicos romanos de la época, oradores y juristas, y completada escuchando a grandes maestros en las principales ciudades del mundo helenístico, obtuvo fama y reconocimiento social como orador y abogado, actuando sobre todo en defensa de miembros del orden ecuestre y de representantes de las aristocracias municipales de Italia, renunciando en cambio voluntariamente a la notoriedad que, como fue habitual en otros notables de la época, podía proporcionarle el hipotético éxito en el mundo militar. De manera sistemática, sorprendente para un *homo novus*, Cicerón fue ascendiendo con la edad mínima requerida en cada caso —y siempre elegido por el pueblo como el primero de todos los candidatos— los distintos escalones señalados en la carrera de un político en Roma —cuestura, edilidad, pretura—, hasta alcanzar la gloria de la más alta magistratura, el consulado. Pero, cuando creyó haber logrado el máximo grado de fama, reputación, dignidad y autoridad en Roma, todo se desmoronó.

En su deriva hacia el gobierno unipersonal que acabaría por imponerse en Roma, y por consiguiente en todo el Imperio, el tradicional sistema republicano cayó prisionero de los grandes generales de la época, especialmente Pompeyo y César, en menor medida Craso, cuya alianza tripartita, conocida como «primer triunvirato», constituyó durante años el gobierno efectivo de Roma por encima del senado y de los magistrados. Cicerón no aceptó, a pesar de los requerimientos de César, formar parte del grupo de personas que apoyaban políticamente a los «triumviros». Sin duda esa decisión muestra la firmeza de sus convicciones en relación

con el modelo de Estado que Cicerón consideraba idóneo para Roma, pero puede ser vista asimismo como un grave error de cálculo que resultaría clave como desencadenante de su caída en desgracia.

En última instancia, el modelo del político-orador defendido por Cicerón llegaba demasiado tarde y estaba abocado al fracaso frente al emergente político-*imperator*, en un tiempo en el que la toma de decisiones, el poder fáctico en definitiva, se deslizó progresivamente a manos del ejército y de sus generales: la palabra seguía siendo importante en el proceso de creación de la voluntad política, pero ya no bastaba si no iba acompañada de las armas. El Arpinate quiso a lo largo de toda su vida que el poder fuera ejercido por una persona de amplia cultura —pero no un filósofo—, capaz de conducir a sus conciudadanos con equidad y eficacia a través de la persuasión de su elocuencia. Y pensó en él mismo como gobernante ideal de una Roma convertida en *umbilicus mundi*, en la gran capital mediterránea en la que se decidía el futuro del mundo civilizado. Cicerón fue perfectamente consciente de que era en ella donde se tomaban las decisiones que importaban a millones de personas en todo el Mediterráneo, en el pequeño espacio compuesto por el Foro, el Comicio y el Campo de Marte, los lugares en los que se reunía el Senado y eran convocadas las asambleas populares. Por esa razón, quiso siempre permanecer y hacerse visible en Roma, porque para que se hablara de alguien en la desmesurada Urbe era preciso ser visto en público, sobre todo en el Foro. Estar fuera de la ciudad implicaba el riesgo de no existir políticamente. Cicerón lo sabía, y por eso maniobró con éxito tras su pretura y durante su consulado para evitar que se le adjudicara el gobierno de alguna provincia, renunciando con ello a la obtención de la gloria militar. Sin embargo, en contra de ese modelo de conducta, durante la mayor parte de la vida adulta de Cicerón el poder efectivo estuvo en manos de políticos —Pompeyo y César, como antes Sila—

que habían triunfado con las armas permaneciendo fuera de Roma durante años. En esas circunstancias, existía un espacio cada vez más reducido para quien quisiera desarrollar una política independiente de aquellos que detentaban el poder fáctico.

En apenas unos años, el hecho que Cicerón consideró causa de admiración durante su consulado, la represión de la conjuración de Catilina, que había motivado incluso que fuera proclamado por los senadores «padre de la patria» y que le había inducido al grave error de sobrevalorar su capacidad de influencia, se convirtió en fundamento de su mayor desgracia, el exilio, al que marchó acusado de haber hecho ejecutar sin juicio a algunos de los catilinaros. Sintiendo abandonado por quienes consideraba los suyos, los «hombres de bien» (*boni*), los mejores ciudadanos de Roma (*optimates*), Cicerón nunca volvió a ser el mismo tras su regreso del amargo destierro: en él se instalaron la impotencia, el desencanto y, sobre todo, la frustración por no gozar del merecido reconocimiento por parte de sus conciudadanos. Cuando volvió a Roma, creyó por un momento poder recuperar su liderazgo en la comunidad, pero no fue más que un espejismo. Cicerón, que había querido ser el primer ciudadano de Roma, se vio relegado durante la mayor parte de los años cincuenta a un papel instrumental de mera subordinación a Pompeyo y César, a cuyo servicio —vergonzante para él mismo según propia confesión— se puso incondicionalmente: a la frustración se unía la humillación.

En los últimos diez años de su vida, tras su obligado gobierno provincial en Cilicia, el Arpinate, por naturaleza poco capacitado para tomar decisiones personales en situaciones de crisis, se movió entre el abandono de la vida pública —lo cual tuvo como importante contrapartida su fructífera dedicación a la literatura— y la implicación en ella, algo que a medio plazo significaba necesariamente tomar partido, bien por Pompeyo, bien por César. En la gue-

rra civil que acabó por estallar en el año 49 asumió por proximidad ideológica, no sin dudas, su condición de pompeyano, pero abandonó sin combatir pronto este bando para obtener el perdón de César. En un difícil equilibrio que le atormentaba, se aproximó a César sin convertirse en cesariano, al tiempo que detestaba crecientemente el régimen político que impuso el dictador. Todo ello sucedió en medio de una serie de desgracias personales que afectaron a su familia, siempre tan importante para él y para su equilibrio emocional: el divorcio de su esposa Terencia, la muerte de su hija Tulia, la decepción ante el carácter anodino e indolente de su hijo Marco, el alejamiento de su hermano, la traición de su sobrino Quinto, un segundo matrimonio fallido y envuelto en el escándalo. Todas estas circunstancias acabaron por llevarle a un estado de abatimiento y apatía que, sin embargo, se tradujo en una frenética actividad intelectual, que tuvo como resultado la redacción de una especie de enciclopedia de la filosofía en latín, así como tratados de retórica que complementaban otros anteriores.

Sólo el asesinato de César, que celebró como una auténtica liberación para él y para Roma, como el comienzo de una nueva era de libertad, le sacó de su marasmo y le llevó a involucrarse de nuevo plenamente en la vida política. Intentó influir sobre los conspiradores, en especial en Bruto, para reconducir el Estado romano hacia la vía de la vieja República tradicional, y se exasperó ante su incapacidad política y militar para romper la estructura de poder creada por los cesarianos. Ya a la desesperada, inició contra Marco Antonio su último combate por la República en la que creía. Contra las armas utilizó sus palabras, aunque no dudó en hacer repetidos llamamientos a una guerra abierta contra Antonio, una guerra necesaria que no consideraba civil, sino librada contra un enemigo de Roma. En ese combate contra Antonio, creyó sin éxito ser capaz de tutelar e incluso manejar al joven Octaviano, quien, desde su posición de hijo adoptivo de César fue ganando peso en la so-

ciudad romana hasta convertirse más tarde en el todopoderoso Augusto. Su alianza con Octaviano, quizás obligada por las circunstancias del momento, resultó ser el auténtico abrazo del oso tanto para Cicerón como para la moribunda República.

Recuperado todo el ardor y la pasión que habían caracterizado su actividad pública en los tiempos más brillantes de su existencia, su lucha final contra Antonio le reivindicó sin duda ante sí mismo, pero resultó infructuosa en lo que respecta a sus objetivos políticos y acabó con su trágica muerte el día 7 de diciembre del año 43 a.C. Con la desaparición de Cicerón murió el último gran orador en Roma y finalizó una manera de hacer política, al mismo tiempo que la República romana estaba en trance de extinguirse.

EN BUSCA DE UN LUGAR EN LA HISTORIA

Persona relevante como fue, tanto en el terreno de la política como de la cultura, Marco Tulio Cicerón mereció la atención de sus contemporáneos y de historiadores posteriores. A Plutarco, polígrafo griego del siglo II d.C. originario de Queronea, debemos la única biografía conservada del Arpinate. Incluida dentro de su serie de *Vidas paralelas*, Plutarco, con el tono moralizante que le caracterizaba, consideró oportuno comparar la vida de Cicerón con la de otro famoso orador, el ateniense Demóstenes, en cuyo espejo se miró en ocasiones nuestro protagonista, hasta el punto de sugerir que *Filípicas* sería el título adecuado para los discursos que pronunció ante el pueblo y en el Senado en los últimos meses de su vida, al igual que Demóstenes había denominado sus arengas contra el rey Filipo II de Macedonia en el siglo IV. Si, desde la perspectiva ciceroniana, el orador griego había luchado por salvar Atenas de la tiranía del rey macedonio, del mismo modo Cicerón intentaba defender Roma del, en su opinión, gobierno despótico del cesariano Marco Antonio.

La de Plutarco no fue, sin embargo, la única biografía escrita en la Antigüedad sobre Cicerón. El liberto Tirón, su secretario, persona de confianza y consejero en el ámbito literario, escribió asimismo una biografía tras la muerte de su patrono. De ella no se conserva nada, aunque se puede presumir que sería elogiosa y estaría bien documentada, teniendo en cuenta la estrecha relación que existió entre ambos. No es fácil saber en qué medida llegó a difundirse

esta biografía y pudo influir en autores posteriores, pero al menos Plutarco la cita como una de sus fuentes de información.

Persona culturalmente inquieta, Tirón, al que se atribuye la invención de un sistema de taquigrafía, permaneció al lado de Cicerón prácticamente durante toda su vida, primero como esclavo y luego como liberto a partir de su liberación en el año 53, momento en el cual adoptó el prenombre y el nombre de su protector y pasó a llamarse oficialmente Marco Tulio Tirón. Entre patrono y esclavo debió de crecer progresivamente una auténtica amistad, a pesar de la radical diferencia de estatus jurídico entre ambos. Tirón era el encargado de poner por escrito las palabras de Cicerón, tanto las que formaban parte de su copiosa correspondencia, como las que componían sus obras literarias. Necesariamente esto hubo de traducirse en la existencia entre ellos de una confianza mutua y de una estrecha intimidad intelectual, hasta hacer de Tirón, en la sombra, un hombre fundamental en la vida de Cicerón. Debía de tratarse por lo demás de una persona especialmente querida en el seno de la familia Tulia, porque, cuando Tirón fue liberado de su condición de esclavo, Quinto Cicerón se congratuló de ello hasta el punto de referirse a él como «amigo»:

«Quinto saluda a su hermano Marco. En cuanto a Tirón, querido Marco... has hecho algo muy de mi agrado al preferir que, indigno de su condición, fuera amigo nuestro antes que esclavo. Créeme, al acabar de leer tu carta, y suya (*se conservan cartas intercambiadas por Quinto Cicerón y Tirón), he saltado de alegría y no sólo te lo agradezco sino que te felicito por ello» (*Cartas a familiares* XVI 16,1).

Pero el grueso de la muy abundante información que poseemos sobre Cicerón se la debemos a él mismo, en buena medida gracias a su enorme productividad literaria. En total se conocen cerca de una treintena de sus obras, de muy variado contenido, puesto que a lo largo de su vida